

## AGENDA CIUDADANA

### DUALIDAD EN LA DUALIDAD

Lorenzo Meyer

**México y California.**- Si en filosofía es posible hablar de la negación de la negación, en la relación entre México y Estados Unidos se puede hacer referencia a la dualidad dentro de la dualidad. Evidentemente, el origen de la dualidad básica es la notable diferencia que existe entre dos países tan distintos y, a la vez, tan interconectados como son los que tienen como frontera común al Río Bravo. Ahora bien, dentro de ese dualismo primario hay otro: el que se da en el interior del país dominante como resultado de su relación con el dominado. De esta dualidad secundaria, el ejemplo más acabado es el que viven los mexicanos dentro del estado más rico de los Estados Unidos: California.

En la gira oficial que el presidente Ernesto Zedillo llevó a cabo del 18 al 20 de mayo en la California norteamericana --*the Golden State*--, una y otra vez el discurso de los anfitriones subrayó que la invitación al presidente de México --la primera en los 151 años transcurridos desde que la Alta California fue arrebatada al dominio mexicano-- debía de tomarse como indicador de un cambio profundo que, en palabras del gobernador Gray Davis, había transformado la conexión México-California de “una relación entre vecinos incómodos a otra entre socios confiables”. Desde el lado más débil de esa asimétrica asociación, no se puede menos que dar la bienvenida a ese gesto de buena voluntad aunque hay que tomarlo con unos cuantos granos de sal. El gobernador Davis, que ya fue a México en visita oficial, está empeñado en llevar adelante una campaña para superar la mala voluntad hacia los inmigrantes mexicanos en California que su predecesor, el republicano Pete Wilson, fomentó y explotó políticamente durante sus dos períodos como gobernador, y cuyos resultados más conocidos son las llamadas Propuesta 187 (aprobada en 1994 y que niega servicios educativos y de salud a los

indocumentados) y Propuesta 227 (aprobada en 1998 y que restringe la educación bilingüe en las escuelas públicas. Texas, mucho más segura de si misma que California, optó por la solución opuesta: esforzarse porque todos sus estudiantes sean bilingües). Sin embargo, es claro que la superación de la tensión entre el rico estado del Pacífico norteamericano y su vecino del sur no puede lograrse como resultado de un mero acto de voluntad de los dirigentes de los dos países. Ninguna decisión gubernamental puede hacer desaparecer en un plazo previsible las profundas diferencias y contradicciones entre México y Estados Unidos. A lo que realmente se puede aspirar es a algo más modesto: a manejar el conflicto producto de las diferencias de manera más civilizada, menos inhumana y ofensiva para los mexicanos.

**La Dualidad Insuperable (al Menos en el Futuro Previsible).**- En ninguna otra parte del planeta como en la frontera entre México y Estados Unidos en general y entre las Californias mexicana y norteamericana en particular, se da una convivencia tan directa y sin mediación entre el primer y el tercer mundo, entre el desarrollo y el subdesarrollo, entre la necesidad y la abundancia. Tijuana y San Diego son el símbolo de esa dualidad formada por dos sociedades tan cercanas en el espacio, tan interconectadas en lo económico y tan distantes en todo lo demás. El ingreso *per capita* norteamericano es hoy más de diez veces el mexicano, pero dada la notable desigualdad social y concentración de la riqueza en México, la distancia económica entre lo que se puede llamar el mexicano y el norteamericano promedio, es mucho mayor del diez a uno, particularmente en California, donde una población que equivale apenas a un tercio de la mexicana (poco más de treinta millones), sostiene, por si sola, una economía que puede considerarse como la octava a nivel mundial.

El Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLC) de 1994, creó el marco político y jurídico para abatir las históricas barreras comerciales entre economías muy desiguales

—México es ahora el principal destino de las exportaciones californianas— e integrar regionalmente un factor de la producción —el capital— pero a condición de dejar fuera a su contraparte: el factor trabajo. Sin embargo, la fuerza de la realidad económica —la enorme disparidad en los salarios a ambos lados de la frontera, la creciente demanda de trabajadores en Estados Unidos y la lentitud en la creación de empleo en México— empuja a cientos de miles de mexicanos a intentar cruzar por cualquier medio la frontera del norte para, por ellos mismos y a un alto costo personal, completar la parte de la integración que los gobiernos se negaron a hacer: la laboral. Es por ello que nada más en el año fiscal de 1998, las autoridades migratorias norteamericanas detuvieron en su frontera sur a millón y medio de personas. Sin embargo, y según datos presentados por el profesor Wayne Cornelius en una conferencia el pasado 23 de abril, aquellos mexicanos que logran franquear la imponente barrera policiaca creada por la Patrulla Fronteriza —o salvar los mortales obstáculos físicos que impone el desierto (y que en 1998 cobraron 145 vidas)— no tienen mucho problema en conseguir un empleo en una economía muy poderosa y en expansión. En efecto, resulta que una vez que logra internarse en Estados Unidos, el trabajador mexicano indocumentado tiene una relativa libertad de movimiento y una gran posibilidad de integrarse a la economía local, aunque al nivel más bajo de la escala, pues el esfuerzo gubernamental para encontrarlo y echarlo del país, es mínimo. En efecto, el Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) dedica su energía a guardar la frontera y sólo destina el 2% de sus recursos a tratar de evitar que en el interior los patrones norteamericanos violen la ley y contraten a trabajadores extranjeros indocumentados. Se calcula que actualmente hay en Estados Unidos 215, 000 individuos o empresas que contratan mano de obra indocumentada por lo barata que les resulta en salarios y prestaciones. De ese total, el año pasado apenas si 6,500 fueron investigados por el SIN y se detuvo a 14 mil de sus trabajadores,

pero el 80% de los contratistas no recibieron sanciones.

El profesor Cornelius resumió muy bien la situación: “Con la economía norteamericana en expansión y con un creciente déficit de trabajadores locales jóvenes para ocupar los niveles bajos de la estructura laboral, simplemente no existe ninguna presión política sobre el Congreso (norteamericano) para sancionar a quienes empleen a inmigrantes indocumentados”. La economía norteamericana necesita a los indocumentados, pues sin ellos su piso bajo (¿sótano?), donde se emplea mano de obra sin calificación de manera intensa, no funcionaría (véanse las cifras y el análisis de Cornelius en Marcelo Suárez-Orozco (ed.), Crossings: Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspective, 1998).

**La Dualidad Dentro de Estados Unidos**.- La peculiar integración del mercado laboral en la América del Norte –peculiar por lo ilegal de una buena parte de ella-- ha creado en Estados Unidos, particularmente en California, una sociedad dual. El fenómeno ya lo exploró hace tiempo Jorge Castañeda en un libro editado por Abraham Lowenthal y Katrina Burgess (The California Mexico Connection, 1993, traducido por Siglo XXI). En la parte más rica y dinámica de los Estados Unidos, hay un grupo de personas que trabajan al máximo de sus capacidades físicas, consumen y pagan sus impuestos, pero por ser residentes ilegales tienen muy disminuidos sus derechos y, para todo propósito práctico, constituyen una “sub-clase” tan indefensa como super explotada. En el seno de la sociedad que tiene a la democracia como el valor político central, hay un grupo compuesto por varios millones de hombres y mujeres, en buena medida mexicanos, que en términos de derechos políticos simplemente no existen y que, en términos sociales, se encuentran marginados, no dominan el idioma y viven con el temor constante de ser deportados. Esta subclase constituye el lado oscuro de la “California dorada”, la otra cara de una civilización rica que ha llevado la búsqueda del confort al extremo pero que,

en la práctica, se lo niega a una parte importante de quienes trabajan en y para ella.

**La “California Oscura”**.- Prácticamente cualquier persona de clase media o alta que vive en California, disfruta de una forma de vida que en alguna medida depende de la disponibilidad de mano de obra muy barata para cumplir con las tareas más rutinarias y menos satisfactorias pero indispensables. En estos meses de primavera, por ejemplo, las ciudades y pueblos californianos dan la impresión de ser un gran y estupendo jardín; pues bien, la creación y mantenimiento de ese encantador “*landscape*” es tarea de trabajadores mexicanos. La frecuente visita de los californianos a algunos de los miles de restaurantes sofisticados, y de los no tan sofisticados --parte central de su vida cotidiana-- se sostiene, en buena medida, por la disponibilidad de empleados mexicanos y centroamericanos. Lo mismo ocurre en la floreciente industria de la construcción, en los servicios de limpieza y mantenimiento de los hogares, los edificios, los hospitales, los hoteles y centros de recreación donde viven, trabajan, se curan, divierten y transportan los ingenieros que en el “Silicon Valley” transforman constantemente el mundo de las computadoras y de las comunicaciones electrónicas. Obviamente la agricultura californiana y la de un buen número de otros estados, sigue dependiendo de ese mismo tipo de trabajador para mantener los viñedos y cosechar la uva en Napa, Sonoma o Mendocino, y otro tanto sucede con la producción de cítricos, manzanas, alcachofas, espárragos, etcétera.

En la California de altos sueldos, de grandes universidades, industria cinematográfica, clima amable y protección al medio ambiente, en la región donde las empresas dedicadas al desarrollo de la alta tecnología funcionan en medio de enormes parques y jardines y que contratan chefs europeos y construyen gimnasios para mantener a sus ingenieros en una atmósfera agradable, en la California con empresas que compensan a sus empleados con acciones que van al alza y mantienen para ellos centros de atención para sus perros o gatos

dentro de las oficinas, hay otra California. Se trata de aquella del trabajador manual sin seguro médico, sin prestaciones, sin ninguna seguridad en el trabajo, que vive en condiciones donde es difícil mantener la autoestima, la esperanza y el gusto mismo por la vida. En más de un sentido, la California brillante requiere, para seguir brillando, de la energía que absorbe de su lado oscuro.

Un par de reportajes reciente, uno del San Jose Mercury News (16 de mayo) y otro de The New York Times (21 de mayo) pueden servir como otras tantas ventanas para conocer ese submundo de la subclase de trabajadores mexicanos o centroamericanos indocumentados. Cuando Ricardo Ramírez salía muy tarde de su trabajo nocturno en un restaurante de Cupertino y perdía el último autobús, tenía que caminar 17 millas (alrededor de 26 kilómetros) para llegar a su casa. En esas condiciones decidió buscar un sitio más cercano para vivir, pero su sueldo – 4.25 dólares la hora— no le alcanzaba para rentar un cuarto y menos un departamento, fue así que optó por la única solución posible: alquilar por 180 dólares al mes, y únicamente por las noches, el piso de la sala de una casa habitada por otra familia; durante el día guardaba en un closet su saco de dormir y su ropa. Cuando se casó y su mujer quedó embarazada, el continuar viviendo en el suelo de un comedor ajeno resultó imposible, así que el Sr. Ramírez, cuyo salario había subido a nueve dólares la hora, pudo rentar un minúsculo departamento por 900 dólares al mes...pero para poder hacer frente a ese y otros gastos familiares, ahora él le subarrienda a otro compatriota menos afortunado el piso de su comedor por 200 dólares al mes. Desde luego que ese tipo de arreglos es ilegal pues las casas o departamentos están ocupados por más personas que las registradas en el contrato, pero en la cultura de la ilegalidad de los indocumentados, ese es un problema menor.

Al otro lado del país, en Long Island, Guadalupe Crespo, un trabajador mexicano que

trabajaba en la industria de la construcción sufrió un accidente cuando un camión le aplastó el pie mientras descargaba ladrillos. Su patrón simplemente le dio una pastilla para el dolor y lo mandó a su casa y sin paga –una casa que comparte con otros 16 trabajadores— pero como no tienen seguro médico –y ese es el caso de la enorme mayoría de los trabajadores mexicanos, documentados o no-- el hospital cercano simplemente le negó la atención que necesita: una cirugía de reconstrucción. Sin poder moverse y sin trabajo, no puede ya hacer frente a los 200 dólares de renta en tanto que su salud se agrava. El único recurso que le queda al Sr. Crespo es encomendarse a la virgen de Guadalupe.

En estos buenos tiempos de la economía norteamericana, los más de dos millones de trabajadores mexicanos indocumentados que se calcula que se encuentran hoy en Estados Unidos, están absolutamente integrados a la maquinaria productiva norteamericana. Pero la integración está condicionada a que se encarguen de los trabajos menos atractivos, se mantengan “baratos” y se adapten sin resistencia a las condiciones cambiantes de su mercado.

Quizá los “socios” mexicanos que el gobernador Davis tenía en mente al recibir al presidente Zedillo, eran las miles de trabajadoras de las maquiladoras en Tijuana, los consumidores en México de los productos californianos o los empresarios mexicanos que buscan asociarse con los norteamericanos. Sin embargo, los indocumentados son también “socios” de los californianos, quizá más que el resto de sus conciudadanos. Se trata de “socios” incómodos, muy mal vistos y despreciados por una parte significativa de la opinión pública, pero finalmente necesarios, al menos por ahora. Si la historia sirve como indicador de lo que puede llegar a suceder, entonces es claro que si la economía norteamericana entrase en un período de recesión severo o al menos prolongado, los indocumentados mexicanos pueden perder su posición de asociados y se verán sujetos a fuertes presiones en contra. Pero en tanto eso no ocurra, seguirán

llegando y seguirán viviendo al filo de la navaja y reproduciendo la dualidad dentro de la dualidad mayor que es la vecindad e integración de México con Estados Unidos.